



Enfrentamientos entre mineros y la policía en Woodley en 1984. ALAIN NOGUES (GETTY IMAGES)

NARRATIVA

Contar el fin de un mundo

En *GB84*, David Peace dispara otra vez contra la era de Thatcher con un estilo enfurecedor y poderosamente real

POR LAURA FERNÁNDEZ

Si en vez de un escritor, un escritor amante de James Ellroy —en realidad, del jazz blanco de James Ellroy—, David Peace (Osset, West Yorkshire, Reino Unido, 1967) fuese historiador, fuese la clase de tipo que se dedica a reunir hechos y extraer conclusiones, si el suyo fuese un empirismo científico literario, si fuese, en realidad, antropología existencial, se diría que sus novelas son tratados, pero no tratados históricos, sino tratados decididos a explorar el alma de una sociedad, la nuestra, enferma desde 1979 por culpa de un veneno elaborado por el Laboratorio Thatcher.

También podría decirse que son novela negra, pero una novela negra en la que la víctima es la comunidad; y el asesino, el sistema, un sistema con una capacidad de persuasión psicopática que hizo creer a todo el mundo que no existía todo el mundo, sino cada una de las pequeñas piezas que formaban parte de ese mundo. Para Peace, la llegada de Thatcher al poder supuso el fin de un mundo en el que aún teníamos responsabilidades respecto a los demás.

Así las cosas, su monumental *Red Riding Quartet* —un *noir* expresionista, un artefacto de otro mundo, una plegaria dolorosamente no atendida— era, además de una autopsia en vivo del Destripador de Yorkshire, su primera aproximación al momento en el que la idea de la comunidad murió.

No podía explicarse, te dice Peace, a lo largo de las cerca de 2.000 páginas del cuarteto, que un tipo metiera a una niña en una furgoneta sin que alguien alzara la voz en la época previa al neoliberalismo ferroz de Thatcher, pero era más que esperable una vez la dictadura del uno mismo (y al cuerno los demás)

se impuso. El cómo se impuso tiene mucho que ver con esta, su segunda entrega —se publicó originalmente en 2004—, otro monumental y mántrico y polifónico —de una polifonía salvaje, hipnótica, aturdidora— y brillantísimo disparo contra el Apocalipsis Thatcher, ambientado en la huelga minera que tuvo lugar en Reino Unido entre el 6 de marzo de 1984 y el 3 de marzo de 1985, y que casi le cuesta al país una guerra civil.

Hay en *GB84* al menos siete puntos de vista —que adoptan distintas formas: algo cercano al terror en el caso del siniestro Mecánico y el General, el tipo que consideraba demasiado blanda a Maggie e ideó un golpe de Estado que nunca (pero casi) cometió; algo próximo a la otra dimensión en la que se aprietan los botones, encarnada en los tipos que trabajan para aquellos que mueven los hilos y estos mismos, el Judío, hombre en el tumulto de la Thatcher, y Arthur Scargill, el Rey Arturo, el carismático líder sindical; y por último, las calles, en forma de diario de a bordo de la protesta sin fin de Martín y Peter—, y la sensación de que un mundo está acabándose, y que sólo un puñado de mineros está intentando que no lo haga. Y tú, lector, no sólo vas a contemplar cómo se acaba, sino que vas a vivirlo.

He aquí la magia del estilo obsesivamente repetitivo de Peace. Que no se limita a contar, sino que te coloca en el centro de la acción, convirtiendo la experiencia lectora en algo enfurecedor y poderosamente real. *Chapeau*, una y otra y otra vez, *mister Peace*.

GB84

David Peace. Traducción de Ignacio Gómez Calvo. Hoja de Lata, 2018. 688 páginas. 27,90 euros

NARRATIVA

Genial fresco histórico

POR JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

● Vuelven los Cazalet. Tras los dos inolvidables veranos pasados en familia bajo la dorada luz de Sussex que parecía alejar o difuminar el fantasma de la guerra que se avecinaba en el continente, el primer volumen se cerraba con el discurso de Chamberlain tras la conferencia de Múnich. Ahora estamos en septiembre de 1939, cumplida la invasión de Polonia y el conflicto bélico empieza a revelar su carácter total respecto a Europa e Inglaterra. Comienza la evacuación al campo y Home Place, la casa señorial de los Cazalet, acoge a toda la extensa familia. Ahora los chicos han crecido y los adultos dejan ver más a las claras sus conflictos personales, antes disimulados bajo la apariencia de felicidad. La vida familiar empieza a poblarse de sombras, el miedo va haciendo su aparición en la existencia de cada uno, niños y adultos.

De los tres Cazalet varones, Hugh, mutilado de la primera guerra, está exento de servicio militar. Edward espera ser llamado a filas y Rupert abandona su vocación de pintor y se alista en la Marina. Rachel, la hermana, sigue con su Hotel de Bebés y su relación con la dulce Sid, pero serán los niños los que ahora empiecen a enfrentarse a la nueva. Las primas Louise, Polly y Clary llevan el peso de la nueva responsabilidad respecto de sí mismas; aunque el mundo y la vida se la complican cada vez más.

Pero la vida sigue. La vida cotidiana sigue y sigue siendo narrada con el apoyo de multitud de anécdotas y acontecimientos por la magnífica escritura de Elizabeth Jane Howard. Enfermedades, amores secretos, cumpleaños y discusiones van jalando un camino que se dirige hacia una guerra que será cada vez más cruel y dañina, donde todo escasea excepto las relaciones



familiares. Es un formidable fresco histórico, social y personal donde un elenco de personajes tan bien definidos y puestos en escena, tan variados, distintos y complementarios, nos devuelve a la maravillosa costumbre de leer y contemplar el paso del tiempo sobre la vida de las gentes que el genio de autoras como Elizabeth Jane Howard siempre mantendrá vivo. Es la lectura perfecta para el verano.

Tiempo de espera

Elizabeth Jane Howard. Traducción de Celia Montolio. Siruela, 2018. 468 páginas. 24,95 euros



Un hombre a caballo en Doñana. MIKE GOLDWATER (ALAMY / ACI)

NARRATIVA

Moral castradora

Eduardo Mendicutti firma su mejor novela sobre la ética que limita el alma

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

En el sistema literario de Eduardo Mendicutti siempre da la impresión de que las cosas que ocurren en sus novelas (y también en sus cuentos) lo hacen desde el lenguaje. O mejor dicho, desde el idiolecto de sus personajes. La prosa literaria de Mendicutti se nutre de una lengua viva, fístera, provocadora. Y ello hace que lo que se va narrando, la música demoradamente triste de su relato, se vaya amortiguando, como si le costara mostrar su deje amargo y desilusionado. Como paradigma de esto que digo no habría más que recordar *California* (2005), en la que hay una escena con una pareja gay, terrible y conmovedora, pero a la que nunca hubiéramos imaginado que llegaríamos, por mor de una lengua que muy inteligentemente escondía el drama hasta su explosión final.

Ahora nos llega *Malandar*, ambientada en los años del coto de Doñana. Narrada desde una primorosa primera persona, Miguel Durán expone su vida, entre la adolescencia en el pueblo cercano a Doñana que lo vio nacer y su viaje a Madrid para "comerse el mundo". La novela se divide en tres partes. En la primera, Miguel Durán, mientras hace su primer viaje a Madrid a hacer de periodista y liberar su cuerpo y su alma de los cotos morales, recuerda su adolescencia y su férrea amistad con Toni y Elena. En la segunda, Miguel Durán va y viene, entre viajes por el mundo, visitas a su pueblo para ver a sus padres y reencontrarse con sus amigos incondicionales y con los que un día juró habitar una casa que mirara Malandar, en la desembocadura del Guadalquivir. Y la tercera, cierra el periplo nómada del narrador, para citarse con Toni y Elena, casados y con una hija a punto también de casarse, en una casa casi definitiva que mira al mar y donde se van a disipar todas las dudas, sospechas fundadas y malentendidos que nunca lo fueron.

Eduardo Mendicutti ha escrito su mejor novela sobre la moral castradora. Una novela que, además de ser una fiesta del lenguaje, lo es de la precisión en el dibujo de los caracteres humanos y las dudas y temores que les impidieron alcanzar la felicidad. La de las palabras y la carne.

Malandar

Eduardo Mendicutti. Tusquets, 2018. 320 páginas. 18 euros